



# El séptimo cielo

Rosario Valcárcel



Anroart  
Ediciones

© Rosario Valcárcel, 2007  
© Anroart Ediciones, S.L.

Primera Edición, noviembre 2007

Diseño cubierta: Fernando Martínez 'Montecruz'  
Ilustraciones interiores: José Luis Vega  
Corrección y maquetación: Beginbook

Anroart Ediciones, S.L.  
C/ Santa Juana de Arco, 46  
35004 Las Palmas de Gran Canaria  
[www.anroart.com](http://www.anroart.com)

ISBN-13: 978-84-96887-41-1  
Depósito Legal: GC-928-2007

Imprime Gráficas Atlanta  
Polígono Industrial La Cazuela  
C/ San Nicolás de Tolentino, s/n  
Las Palmas de Gran Canaria.

Impreso en las Islas Canarias  
España

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático.

# PRÓLOGO

## DEAMBULANDO POR EL SÉPTIMO CIELO

Carmen Márquez Montes  
Universidad de Las Palmas de Gran Canaria

“El séptimo cielo” es una expresión habitual, la usamos a menudo para hablar de lo placentero en el sentido más amplio, es decir cuando alcanzamos un grado de satisfacción o felicidad muy elevado. Ello a pesar de que cuando Dante llega a la séptima esfera de “El Purgatorio”, la de Saturno –mismo nombre que el dios que rigió en la edad dorada– lo que encuentra es a los espíritus contemplativos. En cambio en este séptimo sello de Rosario Valcárcel no son contemplativos los seres que lo pueblan. Se trata de un cielo con doce relatos que, cual satélites de Saturno, nos enredan en sus anillos de atmósferas diversas, en las que se deambulamos entre historias diversas con el tema común del deseo buscado y satisfecho, en todos ello el hilo conductor es indagar más en la sensualidad, en el goce sexual.

En esta colección de relatos, al igual que su anterior volumen, *Del amor y las pasiones*, se adentra Rosario Valcárcel en el género erótico.

Antes de abordar los relatos, creo conveniente hacer una breve introducción, comenzando por aclarar la nomenclatura. Se hace necesario fijar la terminología, pues a menudo no se tienen demasiado claras cuáles son las fronteras de la literatura erótica, sobre todo por lo proteico del término “erótico”, así como la confusión entre éste y otros términos como “pornográfico”, “picante”, “galante” o “licencioso”; usados a menudo casi como sinónimos, pues todos apelan, de un modo u otro, a la exaltación del amor físico o del deseo.

A ello se suma también la complejidad de lo que se entiende por erotismo a lo largo del tiempo, pues, como dice Juan Antonio Cerezo, es “una variable cultural de múltiples y complejas implicaciones, una inquietud humana universal y constante, pero siempre en continua mutación. Los estímulos, los mecanismos, los dispositivos de producción del deseo están íntimamente vinculados al sistema de valores –incluidos los literarios– de una sociedad en un momento histórico, y es desde esa perspectiva desde la que tenemos que analizar esa exudación del deseo que es la literatura erótica”<sup>1</sup>.

El erotismo conlleva una exaltación de la atracción física entre los cuerpos, y por ende, la literatura erótica es una muestra a través de la descripción, la alusión o la representación de ese deseo entre los cuerpos. En

---

<sup>1</sup> *Literatura erótica en España: repertorio de obras 1519-1936*, Madrid, Ollero y Ramos, 2001, p. 17.

muchas definiciones que de la literatura erótica se han hecho, se incide en esta idea, así:

- Alzieu dice que es “la que se complacen en evocar el amor físico”;
- Díez Borque, “la que expresa sin perífrasis ocultadoras las relaciones y vivencias eróticas”;
- García Lara, “la que supone una enunciación del sexo con el compromiso múltiple de exaltarlo, describirlo, analizarlo, extenderlo”;
- Víctor Infantes, por su parte, hace una extensa enumeración de características que deben darse, tales como que “Tema o temas inscritos o no en una tradición determinada (homosexualidad, lesbianismo, onanismo, memorias licenciosas, aventuras galantes, sadismo, masoquismo) [...]; [que el] Lenguaje o características lingüísticas que permiten catalogarlo como tal (vocabulario, metáforas, alegorías similares)”;
- que la “Simbología expresa referida a un contexto que actualiza o se puede actualizar constantemente”;
- o que se origine una “Intencionalidad evidente o inmersa en un sistema de interpretación.”
- José Antonio Cerezo, dice que es “El texto que se concibe con la voluntad de expresar el erotismo, es decir, que pone en juego una estrategia de escritura capaz de «faire naître le desir de jouissance chez son lecteur», no siempre diseña la misma estrategia ni suscita el mismo deseo en el lector”.

Sea como fuere, me decanto por definir como literatura erótica a esas obras que relatan historias que

conllevan la intencionalidad, por parte de autor, de poner de manifiesto el deseo y el goce carnal.

Ésta ha sido su constante a lo largo de toda la historia literaria. Pues en toda ella está presente la literatura erótica —desde *El cantar de los cantares*, por citar un ejemplo significativo de la tradición occidental—, de un modo u otro, en una clave u otra, la presencia de lo erótico es inquestionable porque es consustancia al género humano.

Para centrarnos sólo en España, hemos de destacar en primer lugar que no ha gozado de tanto cultivo, o al menos tan reconocido como en otros países, incluso se ha dudado, hasta hace poco tiempo, de que en un país con una impronta tan marcadamente religiosa se hubiese producido este tipo de literatura. Aunque, como dice Juan Antonio Cerezo, “como saben de sobra los *connaisseurs* es, precisamente, la prohibición, la represión, el mecanismo más adecuado para favorecer la aparición de esas obras, difundidas casi siempre por canales clandestinos, y, por consiguiente, mal conocidas por el gran público.”

En efecto, siempre se ha cultivado esta literatura, de hecho las primeras manifestaciones, las jarchas, son brevísimas muestras de pasión amorosa en boca de una joven. Y a pesar de la represión de la Edad Media, en la que, como dice Javier Aparicio, “el hombre aprendió pronto a entender que la práctica sexual y el desenfreno de la pasión eran armas arrojadas que él mismo se lanzaba contra el muro de la salvación del alma”, tenemos muestras significativas de esa exaltación pasional, en poesía, en especial la producida por Los Goliardos y, sobre todo, en la narrativa sentimental y en los libros de

caballería [*El tratado de amores de Arnalte y Lucenda* (1491), *Cárcel de amor* (1492), *Grisel y Mirabella* (1495), o *Grimalde y Gradisa* (1495)], amén de las fuertes dosis eróticas que hallamos en *La Celestina*. Hemos de tener en cuenta el conocimiento de los tratados de teoría erótica procedentes de Oriente y de los propios textos literarios producidos por los árabes, de especial significación es la poesía de las mujeres andalusíes, cargadas de sensualidad y erotismo [*El collar de la paloma* (1022), de Ibn Hazm de Córdoba; *Regalo de la novia*, de Al-Tiyani; *Libro de la vuelta del viejo*, de Al-Tifasi, etc.]

Y que continúa con muy buena salud en los siglos de oro, momento en el que se publica la primera antología de esta temática: *Cancionero de obras de burlas provocantes a risa* (1519). Es quizá en estos momentos cuando se desarrollan todas las formas del erotismo, en el sentido de que tanto se hallan textos en los que se exalta la atracción por los cuerpos como otros en los que se pone de manifiesto la repulsión, que es lo que se denomina el <<disgusto del cuerpo>>, siendo Quevedo el que ha dejado mejores muestras de ello. Prácticamente todos los autores incidieron en el género y hallamos pruebas tanto en la poesía como en el teatro y en la narrativa. Extrañamente, para el momento, dos mujeres destacan en la narrativa, Mariana de Carvajal, con *Navidades en Madrid y noches entretenidas* (1663) [En las ocho novelas de hallan escenas abiertamente eróticas, pero, sobre todo, en las fábulas insertas al final del libro] y María de Zayas, con varias obras, entre las que cabe destacar *Mal presagio casar lejos*.

Y continuando con la historia llegamos al siglo XVIII, empírico, racional y deductivo, y, precisamente, por su deductismo, se vuelve hacia la naturaleza toda y la sondea con los cinco sentidos. Así, el siglo XVIII descubre un mundo nuevo —el mundo de los sentidos—. Este sensualismo creará un cambio de estructura emocional que se refleja en el arte y que se expresa en la poesía y la pintura de una forma nueva y fuertemente erótica. Se abre un nuevo lenguaje poético, que capta aquel sensualismo y lo desarrolla en formas eróticas y hasta pornográficas. Es un sensualismo que se descubre en los cuadros de Boucher y de Watteau y se transforma en poesía (en Cadalso y en Meléndez Valdés especialmente). Aquella transformación llevará a la creación de toda una tradición de literatura prohibida y clandestina que circulaba de mano en mano tanto entre el mal educado público como la ilustrada nobleza. Así lo hallamos en diarios íntimos de Nicolás Fernández de Moratín y sobre todo en su *Arte de las putas*; como también en *El jardín de Venus*, de Samaniego; *Las fábulas frotosóficas*, de Leandro Fernández de Moratín; y, desde luego, la poesía de corte sensual y erótica de Meléndez Valdés. De manera que se puede hablar de una «cara oscura en el siglo de las luces», como denomina esta producción Guillermo Carnero.

Esta apertura, aunque en la clandestinidad, hacia una nueva literatura erótica se desarrollará notablemente en el siglo XIX, sobre todo en la segunda mitad, que es cuando se produce una eclosión y un mayor interés, es en estos momentos cuando se realizan reediciones de textos anteriores, además de los de la producción del

momento. Es también cuando se comienzan a realizar los primeros índices de literatura erótica, aunque en los españoles no son tan completos como los franceses o de otros países, pues la peculiaridad es que en nuestro país toda esta producción queda escondida, ni tan siquiera aparecen los títulos en los índices de libros prohibidos. A pesar de ello se realizan bastantes publicaciones. En 1835? El *Cancionero verde*; 1841 el *Cancionero de obras de burlas provocantes a risa*, del año 1519. Editado por L. Usoz.; 1872 el *Cancionero de obras de burlas provocantes a risa y Venus retozona*; 1874, *Cancionero de Sebastián de Orozco*, con una sección de poemas eróticos; 1875 A. Morel-Fatio publica la producción erótica de Hurtado, *Cancionero moderno de obras alegres*; 1877, *Poesías satíricas y burlescas de D. Diego Hurtado de Mendoza*, editadas por W. I. Knapp; 1881, *Venus picaresca*; 1899, *Cuentos y poesías más que picares*, (poemas anónimos o de dudosa atribución) editados por R. Foulché-Delbosc con el pseudónimo “Un rebuscador de papeles viejos”; 1899, “136 sonnets anonymes”; etc.

Y así llegamos al siglo XX, a inicios del cual se amplía el cultivo notablemente. Es tal su proliferación que en marzo y octubre de 1907 escribe Unamuno dos artículos, el uno porta el título “Sobre la lujuria” y el otro “Sobre la pornografía”, donde hace duras críticas al nefando “virus de lo sicalíptico”. Virus que alcanza la novela, cuyos dos grandes representantes son Felipe Trigo y Antonio Hoyos y Vinent —se viene aceptando que *Las ingenuas* (1901) de Felipe Trigo inaugura la nueva erótica en la narrativa del siglo XX—; la poesía, y, sobre todo el

teatro. El teatro Apolo se convertirá en la catedral del género chico a partir de 1900. Aunque se considera que el género es inaugurado en 1895 en el Teatro Barbieri de Madrid con *La Pulga*, interpretada por la cantante alemana Augusta Bergès. Una obra cumbre de la erótica escénica es *Apaga y vámonos*, estrenada en 1907. Las grandes figuras serán la Bella CHELITO y la bella Chiquita. A partir de 1910 el género va alterándose y se produce su <<adecentamiento>>, es un fenómeno en auge hasta los años treinta, y se va volviendo más sentimental y melodramático, perdiendo gran parte de la carga erótica anterior. Pero en los primeros años de la República se producen recrecimiento del fenómeno erótico, no tan inocente como la moda sicalíptica.

Abundan las revistas más o menos especializadas y, sobre todo, los grafismos, imágenes y demás representaciones visuales que alimentan las fantasías eróticas de un amplio sector de la población masculina española.

Pero el golpe militar termina de plano con toda esta literatura y con otras. Y habrá que esperar a los años setenta para que vuelvan de nuevo algunas referencias a lo erótico en la literatura. Comienzan a aparecer algunos trabajos de crítica, que tratan de sacar a la luz este género literario, quizá el pionero sea el libro de Xavier Domingo, *Erótica Hispánica*, París, 1967; al que siguieron otros estudios y ediciones<sup>2</sup>.

---

<sup>2</sup> BELLÓN, J.A. y P. JAURALDE (eds.) (1974), *Cancionero de obra de burlas, provocantes a risa*; MONTAÑÉS, L. (ed.) (1974), *Las novelas en verso de Cristóbal de Tamariz*; ALZIEU, et alii (ed.) (1975), *Floresta de poesías eróticas del Siglo de Oro*; MONTAÑÉS, L. (ed.) (1975), *La Carajicomedia*; MONTAÑÉS, L. (ed.) (1977), *El jardín de flores*; PALACIOS, E. (ed.) (1976), *El jardín de Venus* [poemas de Samaniego]; FERNÁNDEZ DE MORATÍN, Nicolás (1977), *El arte de las pu-*

Desde la democracia, se normaliza, en cierto modo, la edición y el estudio de la literatura erótica, aunque sin alcanzar nunca las cotas de los países del entorno. Sea como fuere, surgen algunas editoriales con colecciones eróticas –El Carro de la Nieve, Ediciones Polen, Editorial Babionia, Petronio, etc.–, premios –La sonrisa vertical–, etc. Algunas de ellas ya desaparecidas.

De ahí que sea tan grato volver a encontrarse entre las manos con una colección de cuentos de esta tendencia, como es *El séptimo cielo* de Rosario Valcárcel.

En este caso, la autora no sólo escribe cuentos de temática erótica, sino que además nos adentra en una serie de hábitos y valores transmitidos que han venido a coartar el disfrute del cuerpo y las relaciones sexuales, especialmente patente en “El séptimo cielo”, narrado en masculino, en el que se confrontan los deseos de un *menage à trois* del personaje con los recuerdos del pasado y el modo en que se vivía la semana santa con toda la carga de pecado, que afortunadamente no hace mella en el personaje para vivir abiertamente la relación. Pero no deja de ser interesante el desatar de los sentidos en el aquí y ahora frente al ascetismo de la memoria del personaje.

En este cuento como en los restantes debemos destacar la exaltación de los sentidos que logra la autora a través de la creación de un atmósfera envolvente donde los olores, sabores, música e imágenes atrapa todos los sentidos hasta hacerlos emerger a flor de piel.

---

tas, Edición de M. Fernández Nieto,; DÍEZ BORQUE, J. M. (ed.) (1977), *Poesía erótica, siglo XVI-XX*; INFANTES, V.; P. M. CÁTEDRA; y L. A. DE CUENCA (eds.) (1984), *Fábulas futrosóficas*, etc.

Con “Suenan el móvil” volvemos a transitar por el *ménage à trois*, en el que entre dos cuerpos turgentes se introduce un elemento, a primera vista poco apropiado, como es un móvil. Pero éste deviene en instrumento de excitación, que penetra en la cama de los amantes con efecto multiplicador, ya que infiltra con él con toda una serie de otros personajes que llegan por las ondas.

“El amigo de mi padre” sondea la relación quizá no del todo grata entre una jovencita y un hombre mayor, amigo de la familia, y que parece trasladarnos a un remanso de paz, donde la pasión de la joven explora nuevas texturas.

La exploración de una jovencita, en esta ocasión inexperta, es la halada en “Aquella años sesenta”, en la que la autora confronta la pacatería española con la libertad que la joven encuentra en Londres, y que propicia su iniciación al sexo.

“Cambio de parejas”, como el propio título explicita presenta el deseo de dos parejas, pero en el que uno de sus miembros está de nuevo constreñido por los hábitos en los que la moral judeocristiana ha dejado su impronta y el pecado sobrevuela como ave carroñera para intentar que el goce quede truncado. Pero no siempre gana.

Con “El fuego” logra la autora una de los mayores logros en la imbricación de la relación espacio-amor. El barranco de Guayadeque y sus espíritus comparte efluvios con los amantes. Pero el fuego quema ese espacio y al parecer convierte en cenizas la pasión, pero, afortunadamente, los pinos canarios tienen la peculiaridad de ser capaces de rebrotar tras quemarse.

Del fuego anterior, terrible y destrozador nos encaminamos a otro fuego, buscado, benigno y lleno de vida en “Noite meiga”. Del mismo modo que del recuerdo que quizá deba guardarse en frascos, ahora estamos ante uno que escapa de su recipiente para volver a la realidad, no en vano la noche de San Juan –momento en que se desarrolla el relato– es mágica. El recuerdo puede volver y completarse, pero sólo como una ráfaga una noche mágica como la de San Juan.

“Tupper sex” es el irónico cuento de una tarde de tiendas en la intimidad del salón de una amiga. Tiene tono oriental, recuerda bazares de Estambul, repletos de chucherías apetecibles, cual las que porta una mujer en su maravillosa maleta roja, con la que solaza plenamente a un grupo de amigas.

Y de mujeres a mujeres, pues “La bañera” transita por la relación lésbica tras infructuosas luchas.

Y como mencionaba con anterioridad, los sentidos son exaltados, del mismo modo que sucede en “El infierno”, donde no sólo se encuentra lo deseado, comida sugerente sino también renaceres ya olvidados.

Más convencional es “El chico de la tuna”, aunque tiene el encanto de los deseos insaciables y de búsquedas para encontrar placeres que sacien nuestra imaginación.

“Cracovia” nos presenta a una pareja en luna de miel en Polonia, contrapone la autora el pasado, sobre todo el de las fotografías de los horrores de la guerra y la dominación, frente al presente, sobre todo al presente de felicidad y descubrimientos de nuevas facetas en el amor sexual de los jóvenes.

Y se cierra el volumen con “Tyterogakat”, donde la autora ha querido rescatar el nombre primitivo de la Isla de Lanzarote y donde ha llevado a dos personas para que sacien a placer el deseo largamente alimentado.

Para terminar sólo repetir el gran cuidado con el que la autora ha sabido crear, con breves pinceladas, los ambientes donde tienen lugar estas búsquedas eróticas. En todos los casos hay una estrecha interrelación entre espacio y acción. Creados casi con una técnica cinematográfica, lo que dota de gran unidad, ello además se complementa porque en todos los relatos se antecede con una cita de una película, la cual tiene también una estrecha relación con la temática desarrollada en el relato. Al mismo tiempo debemos recordar que quizá este séptimo cielo no sólo tenga relación con la esfera del Paraíso de Dante o con la tan trillada expresión, sino que nos trae a la mente el séptimo cielo que crea Chico en su buhardilla del séptimo piso para la joven Diane en la estupenda película, del mismo título que nuestro volumen, de Frank Borzage.

No me extiendo más para que podáis entrar y tener una feliz estancia en este *El séptimo cielo* de Rosario Valcárcel.